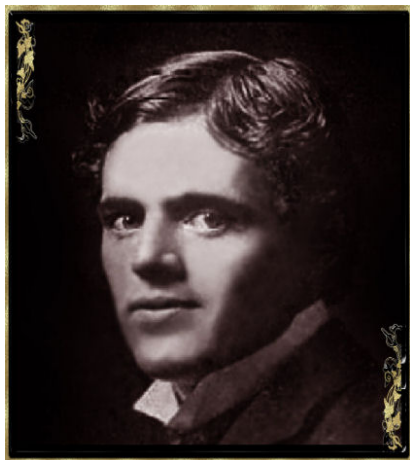


# Un apuesto grumete (The Handsome Cabin Boy)

## JACK LONDON

---



*The Handsome Cabin Boy,  
The Owl Magazine (julio 1899)*

—Y aquel muchacho tan apuesto era...

—Pues, naturalmente, pura y simplemente la mujer del velo.

—¡Bueno, basta ya! —exclamé—. Eso está muy bien para un suplemento dominical, pero en la vida real no es tan fácil engañar a la gente.

—Pues mira los casos de la vida real, las mujeres que se hacen soldados, marineros, exploradores...

—Pero, ¿has visto a mi hermano pequeño, Bob, que es tan buen imitador...?

—¡Tonterías!

—A la gente se la engaña de mil formas, y...

—Te digo que son bobadas —comenté—. Cualquiera que no sea un cretino se da cuenta inmediatamente de que se trata de un disfraz. No puede ser muy listo un tipo que no pueda distinguir entre un hombre y una mujer. Te apuesto a que a mí no me podrían engañar.

—Acepto la apuesta —dijo Jack.

—De acuerdo —respondí.

—Te apuesto a que en menos de seis meses logro engañarte.

—¡Hecho! ¿Qué apuestas?

—El perdedor paga una cena; el ganador dice dónde, en qué ha de consistir y quiénes son los invitados, a discreción.

—¡Hecho!

Nos dimos la mano, y los amigos se amontonaron alrededor nuestro con todo género de consejos y de comentarios. Así se sembró la semilla de la que había de surgir el inolvidable romance de aquel "grumete guapísimo".

Las dos semanas siguientes me hallaron en mi grandeza solitaria a bordo de mi yate goleta el Halcón, rumbo a un breve crucero a Honolulu. Apenas habíamos dejado tras el horizonte el faro de Farralone cuando se despertaron mis sospechas. Del cocinero al piloto mayor empezaron a llover las quejas sobre el nuevo grumete. Decían que tenía buena voluntad pero no valía para nada. Billy, el paje de antes nos había abandonado en el último momento y mi agente, a quien le confiaba todos los asuntos de este tipo, había conseguido a toda prisa a quien ahora ocupaba el puesto.

Era cierto que tenía buena voluntad, pero en resumen, no sabía lo que tenía que hacer y era un absoluto incompetente para el puesto. Pero se esforzaba tanto que todo el mundo se sentía atraído por él. Y era un chico muy guapo. Tenía los ojos oscuros y las mejillas sonrosadas, con una cara ovalada y delicada, un poco cetrina, y tan exquisita que... no es de extrañar que me hiciera recordar la apuesta que había hecho yo con Jack Haliday. Y además, para tratarse de un muchacho esbelto de 15 ó 16 años, según parecía ser, tenía un cuerpo vaga e insinuantemente redondeado que no podía por menos de corroborar mis sospechas.

Pero no dije nada y esperé a la confirmación. Esta llegó antes de lo previsto. Estábamos juntos el piloto y yo en la toldilla un mediodía, dedicados a observar el sol con nuestro sextante. Subió el chico por la escala con un caldero lleno de cenizas y escoria; acababa de limpiar la cocina del camarote. En lugar de irse al costado de sotavento, fue a la barandilla de barlovento a tirar los desechos. Y claro que los tiró, pero contra el viento, de forma que nos llenaron a nosotros de basura.

El piloto se la sacó a puñados de los ojos y agarró al granuja del brazo. Nelson era un rudo lobo de mar y dominaba perfectamente la jerga que sirve para expresar claramente las cosas a todos los de su profesión. Lo sacudió arriba y abajo y lo maldijo con una combinación tan fuerte de juramentos ingleses y escandinavos como jamás haya oído yo en mi vida.

El chico perdió la cabeza y empezó a llorar. Recogió el caldero y empezó a ir hacia el camarote, pero justo cuando estaba frente a mí resbaló y se cayó. Lo cogí antes de que llegara al piso y... bueno, ya había yo pasado la mano demasiadas veces por terrenos prohibidos como para irme a confundir ahora.

—Pero, ¡si eres una chica! —exclamé.

El timonel empezó a reírse, así que la bajé al camarote para ahorrarle las burlas de los marineros. Allí siguió llorando y gimiendo y quejándose hasta que casi llegó a emocionarme a mí, en mis tentativas de consolarla. Por fin se calmó.

—Ay, mi capitán —empezó—, espero que no se enfade usted conmigo. Yo... él... el Sr. Haliday...

—Esto es obra de Jack Haliday, ¿no? —interrumpí.

—Sí, señor.

—Entonces sabe usted lo de la apuesta y tendrá que declarar que he descubierto su... ejem... identidad.

—Sí, señor, y se va a enfadar mucho cuando sepa que he perdido. Uaaaa... Uaaa....

—No, si lo ha hecho usted muy bien —le dije por creer que necesitaba que se le dieran ánimos—. El cocinero jamás habría descubierto... pero, ¡qué diablos!... Tendrá usted que ponerse...

Todo aquello resultaba muy embarazoso para ambos. ¡Y el torpe del cocinero ni se había dado cuenta! Lo llamé al camarote.

—Dile al chico alemán que te eche una mano —ordené—. Y vete a tu camarote a hacer la maleta de la señorita... eh...

—E... E... Eastman —gimió el personajillo desconsolado que yacía en el suelo.

—Y haz la maleta con las cosas de la señorita Eastman. Llévalas al camarote de los invitados y mira que todo esté en orden. Ya me encargaré de que recibas una paga extraordinaria por este viaje. ¡Vamos! ¡No te quedes ahí parado todo el día! —y no pude evitar el echarme a reír ante la expresión de sorpresa que ponía con los ojos muy abiertos.

—No sé qué hacer en cuanto a conseguirle ropa adecuada —dije cuando la llevé a su nuevo camarote, siguiendo a un cofre marinerio muy bonito.

—No importa, mi capitán —replicó ella entre sollozos—. Ya... ya me había yo traído unos vestidos.

—¡Que me ahorquen! —gritó el cocinero cuando se cerró la puerta—. ¡Ah! Perdone usted, mi capitán, pero, ¿va usted a decirme que es... que es una chica? ¡Hay que ver! ¡Y yo, que soy casado! ¿Qué va a decir mi mujer?

Aunque traté de explicarle que no había ninguna necesidad de que se enterase su mujer, se fue lentamente hacia la cocina, más entristecido si cabe, que la pobre chica que le había creado el problema. Pero yo podía entenderlo, pues comprendí lo falso de mi propia posición, y sabía cómo debía estarse riendo la marinería.

Hice que le llevaran la cena a su camarote, y hasta la mañana siguiente no volvió ella a presentarse. Y entonces fue una señorita compuesta y bien vestida la que apareció, pese a lo corto que tenía el pelo. Parecía una pena que se lo hubiera cortado por una apuesta de tres al cuarto.

—¿Qué va a decir su familia? —pregunté en el transcurso de las explicaciones—. ¿Está enterada?

—Mi hermano. Vine con su consentimiento.

—Su hermano es un sinvergüenza y habría que darle de latigazos. Lo menos que cabe decir es que esto es muy embarazoso.

—¿Por qué?

—¡Vaya una pregunta. ¿Por qué? Empecé a comprender el lío en que me había metido Jack Haliday. ¿Por qué? ¡Qué inocencia!

—Debe usted haberse educado en un convento—dije directamente.

—Sí, señor; hasta hace un año iba al Sagrado Corazón.

Esto iba de mal en peor. La responsabilidad que me había caído no era poca. Por fin le saqué su historia. Había perdido a su madre cuando era niña, y su padre, que era un pequeño comerciante, la había educado en el Convento del Sagrado Corazón. A él le habían ido muy mal las cosas y cuando murió no les dejó ni un céntimo a ella y su hermano. Para resumir, Jack Haliday los había tomado bajo su protección. Ella había mostrado aptitud para las tablas y Haliday le había dado aliento y profetizado que algún día el vaudeville metropolitano abriría los brazos a una tiple de capacidad nada despreciable.

—Y cuando me pidió este favor —concluyó—, ¿qué iba a hacer yo? ¿Cómo negarme, después de todo lo que ha hecho por mí?

Bien, el yate adquirió una nueva vida. ¡Es extraño, la forma en que aquella muchachilla, una chica de 16 años, animó las cosas! Se convirtió en el ídolo de todos los marineros, e incluso Nelson le presentó excusas. Apuesto a que era la primera vez que hacía tal cosa aquel terco lobo de mar. Ella tocaba bien el piano, y aunque no tenía una voz muy fuerte ni con muchos registros, la verdad era que cantaba muy melodiosamente.

Cuando llegamos a Honolulu, yo era partidario de hacer lo necesario para que ella volviera en un vapor, pero la inocente criatura no quería ni oír hablar de eso y cuando insistí pareció ponerse tan triste que hube de renunciar a ello. Además, no nos conocía nadie. Y ella... ella no tenía ni idea del pecado, y el desengañarla era una tarea para la que no me consideré capacitado. La doté de fondos y al cabo de muy poco tiempo tenía una colección sorprendente de vestidos y otras necesidades femeninas. Después empezamos a ir a los conciertos de la Banda Hawaiana, a dar largos paseos por el campo y a visitar muchos lugares de interés y recreo. Lo pasamos muy bien, pero todo lo bueno tiene su fin, y un mes después estábamos frente a la Puerta Dorada. Al día siguiente llegaríamos a San Francisco.

Mañana... medio suspiré mientras encendía un puro y echaba una mirada a la puerta de su camarote. Me pregunté qué estaría soñando ella. Después recordé mis largos cruceros solitarios. ¡Qué alegre había sido éste! La vida cobró nuevas posibilidades cuando empecé a comprender algunos de sus encantos que hasta entonces no había conocido... encantos que mis amigos más afortunados mencionaban a cada momento. ¡Cómo había cambiado ella las cosas! Un tobillo bien torneado en las escaleras del camarote, un zapato brillante, en cubierta, la risa cascabelera de una muchacha, una canción al atardecer, un... en resumen, ese algo inefable de la presencia femenina. La idea me asombró. Veamos: dieciséis... veintiséis; diecinueve... veintinueve; no, eso sería esperar demasiado, dieciocho, veintiocho... eso es. Y después de todo, no es tanto. ¡Dos años! ¿Qué no podría ocurrir en dos años? El desarrollo, la maduración de aquella mente. sí, y de aquellas formas, tan ricas en promesas. Dos años, y después. . .

—Ocho campanadas.

Los ruidos del cambio de la guardia ahuyentaron mi cuento de hadas, de forma que tiré el puro y me fui a acostar.

En el muelle estaba Jack Haliday con todo el grupo del club, esperándonos. Evidentemente, el vigía de la Lonja del Mercado había teleografiado nuestra llegada a la embocadura la noche anterior. Subieron en bloque a bordo y me puse a temblar por la señorita Eastman.

Pero Clara, como ya la llamaba yo, hizo frente al mal trago con gran valor. Su tono tranquilo y sus risitas contenidas me parecieron irritantes. Jack Haliday fue derecho al grano:

—Oye, ya sabes, lo de aquella cena...

—¿Qué pasa con la cena? —contesté secamente.

—Bueno, ya he hecho todos los planes, pero me parece mejor decirte cuáles son. Podrías tener algo que sugerir, ya sabes.

—¡Con que has hecho todos los planes! —grité—. Pues yo creo que a quien corresponde encargar la cena es a mí.

—¡Ja, ja, ja! —empezaron a reír todos.

—Espero que haya tenido usted un viaje agradable, señorita Eastman —le dijo él volviéndose hacia ella.

—Ah, sí —respondió, aunque vi que le temblaban los labios.

—¿Cómo lo descubriste? —me preguntó Jack a mí.

—Bueno, se me desmayó en los brazos, y...

—¡ja, ja! ¡je, je! —reía a carcajadas el grupo, mientras yo sonreía triunfante ante mi derrotado adversario.

—Y, ¿se enfadó? —continuó el imperturbable Hali—day dirigiéndose a Clara.

—No —replicó ésta—, fue muy simpático. Y cuando llegamos a Honolulu quería me volviese en el vapor, pero me negué: Y luego lo pasamos estupendo: me compró dulces y guantes, me llevó de paseo en coche de caballos, y...

Al oír esto, los del grupo se desternillaban de risa. Le daban palmadas en la espalda a Jack, le daban golpes en las costillas y se abrazaban los unos a los otros con carcajadas de éxtasis.

—¡Pero, idiota! —gritó Jack—. Si es mi hermano Bob.

—Imposible —respondí—. Pero, si cuando se desmayó cayó en mis brazos y...

Al llegar este momento me quedé sin habla, porque la modesta señorita Eastman dio dos volatines, cayó en pie sonriente, se metió una mano en su doncellil seno y sacó... ¡cielos!... un par de amortiguadores neumáticos, como los que usan los futbolistas.

Huelga decir cómo encabecé la estampida hacia el club, cómo salió la cena, con Bob a la cabecera de la mesa y cómo, hasta hoy día, la mera mención de aquel "grumete guapísimo" me despierta una cierta cólera que no tengo esperanza de superar jamás.